

Cuando las llaves guardan silencio

Ignacio Paredes Vázquez

Segundo premio “Hospital San Rafael”

La primera vez que escuché el ruido de las llaves pensé que aquel sonido no podía pertenecer a un hospital. Era demasiado duro.

Clac. Clac. Clac.

Las llaves de casa suelen tintinear con una ligereza casi doméstica. Las de un coche hacen un chasquido discreto y breve cuando alguien apaga el motor al llegar a su garaje por la noche. Las de una unidad de psiquiatría no. Las nuestras chocan entre sí con un golpe metálico que rebota en las paredes del pasillo y viaja por delante de quien las lleva durante unos segundos. Se trata de un sonido corto y seco, pero suficiente para que cualquiera que viva al otro lado de las puertas lo identifique y lo reconozca sin necesidad de llegar a vernos.

Con el paso de los años he descubierto que los pacientes aprenden a diferenciar ese sonido con una rapidez sorprendente. Cuando las llaves suenan al fondo del pasillo, algunas puertas se entreabren con cautela y otras se cierran despacio, como si alguien decidiera desaparecer antes de que el ruido llegue a acercarse demasiado. Es curioso cómo el oído se acostumbra a distinguir aquello que nos marca un límite. Un ruido tan simple puede significar que una puerta se abra o que se cierre, que alguien salga al pasillo o que alguien vuelva a una habitación donde preferiría no haber llegado nunca.

Durante mucho tiempo pensé que las llaves representaban el poder de abrir. Pronto entendí que en realidad simbolizan algo más incómodo, la responsabilidad de decidir

cuándo no hacerlo. En una unidad cerrada cada puerta contiene una historia distinta y, a veces, la decisión de girar o no una llave pesa más que cualquier procedimiento escrito.

Cuando empecé a trabajar en este servicio llevaba las llaves colgadas del cinturón. Me gustaba oírlas. Era joven y todavía creía que aquel sonido significaba que tenía cierto control sobre todo lo que acontecía a mi alrededor. Me parecía una especie de señal de autoridad, algo que indicaba que ahora yo formaba parte del engranaje que mantiene en pie un lugar así. Tardé poco en comprender que la autoridad no tiene nada que ver con el control. Las llaves no pesan por el metal con el que están hechas, sino por lo que representan.

Desde entonces he aprendido a caminar más despacio para impedir que esos pequeños objetos metálicos que me acompañan cada jornada choquen entre sí. A veces incluso sujeto ese manojito con la mano dentro del bolsillo para que no hagan ruido. No siempre lo consigo, pero sigo intentándolo.

Aquella noche eran casi las tres de la madrugada y la unidad estaba envuelta en esa calma engañosa que tienen los hospitales cuando el resto del mundo duerme. Las luces permanecían atenuadas y desde el control llegaba el zumbido constante de los ordenadores. Un monitor encendido proyectaba destellos intermitentes contra la pared, como si alguien hubiera olvidado apagar una ventana luminosa con vistas hacia otro mundo.

En las habitaciones, los pacientes parecían dormir. Al menos, eso sugerían las puertas cerradas y la quietud que se respiraba a nuestro alrededor. Sin embargo, cualquiera que lleve suficiente tiempo trabajando en psiquiatría sabe que el sueño no siempre significa descanso. A veces únicamente significa que el cansancio ha logrado imponerse durante

unas horas a aquello que mantiene despierta a una persona.

Hay noches en las que el silencio de la unidad es tan profundo que uno puede escuchar aquellos pequeños detalles que durante el día pasan desapercibidos al oído humano; el roce de unas zapatillas contra el suelo, el suspiro de alguien que se da la vuelta en la cama, el leve crujido de una puerta al cambiar la presión del aire. Es un silencio extraño, lleno de historias que continúan respirando detrás de cada pared.

Estaba revisando las notas de evolución en el ordenador cuando escuché el grito. No fue un grito largo ni especialmente fuerte. No llenó el pasillo ni despertó a toda la unidad. Fue más bien un sonido corto, quebrado, como si alguien hubiera intentado romper algo dentro de sí mismo y no lo hubiera conseguido del todo. Levanté la vista hacia la pantalla del sistema de avisos. Habitación 24. Bruno.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté. Al hacerlo, las llaves chocaron entre sí dentro del bolsillo. El sonido resonó en el silencio del control con una claridad incómoda.

Cuando llegué al pasillo, ya venían detrás mis tres compañeros del turno de noche. No hablamos. En una unidad cerrada uno aprende pronto que hay momentos en los que una mirada basta para entender lo que todos estamos pensando. Caminamos hasta la puerta de la habitación 24 y la abrí despacio.

Bruno estaba de pie sobre la cama. Descalzo. Temblando. El pijama azul del hospital le caía sobre uno de sus hombros y las sábanas estaban arrugadas bajo sus pies. Durante unos segundos nadie dijo nada. La escena tenía algo frágil, como si cualquier movimiento pudiera romper el tenso equilibrio que sostenía aquel instante.

—No me toquéis —dijo.

Lo pronunció en voz muy baja, casi en un susurro. Pero en psiquiatría aprendemos pronto que el volumen de una voz no mide el peligro de una situación. He visto pacientes gritar durante horas sin hacerse daño a sí mismos ni a nadie. También he visto silencio justo antes de que alguien atravesase una ventana con el puño.

Mis compañeros se quedaron detrás de mí, esperando. El procedimiento era claro y todos lo conocíamos de memoria. Primero contención ambiental y verbal, si no funcionaba, contención física y farmacológica. Cuatro personas pueden sujetar a alguien en menos de dos minutos si saben lo que hacen. La noche seguiría su curso y, con suerte, nadie volvería a recordar ni a hablar de aquello en el turno siguiente.

Pero Bruno no gritaba ni amenazaba. No intentaba golpear nada. Simplemente permanecía de pie sobre la cama, mirando el suelo como si las baldosas fueran lava.

—Bruno —dije con calma.

No respondió.

—Bruno, soy Luis.

Entonces levantó la vista y en su mirada apareció algo que no esperaba. No era rabia ni desafío. Era miedo. Un miedo antiguo, limpio, desnudo. El miedo de alguien que acaba de despertar en mitad de una pesadilla y todavía no sabe si ha salido realmente de ella.

—No puedo dormir —susurró.

Parecía un niño perdido en mitad de la noche.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Sus manos apretaban la sábana con tanta fuerza que los nudillos se habían vuelto blancos.

—Cuando me duermo... vuelvo allí.

No pregunté dónde era “allí”. En la unidad todos sabemos que cada paciente tiene un lugar al que no quiere regresar. A veces es una casa. A veces una calle. A veces una habitación donde ocurrió algo que el cerebro todavía no ha conseguido situar y fijar en el pasado.

Mientras lo miraba recordé algo que había sucedido días antes en el patio. Aquella tarde Bruno se había quedado observando el árbol grande que crece junto al muro del jardín interior. Lo miraba con una atención tranquila, casi profesional.

—Ese plátano tiene más de cuarenta años —dijo de pronto.

Le pregunté cómo lo sabía.

—Soy jardinero —respondió mientras se acercaba y pasaba la mano por la corteza rugosa—. Los árboles viejos no se mueven mucho, pero lo ven todo.

Ahora, en la habitación 24, mis compañeros seguían detrás de mí esperando una señal. Las llaves pesaban en mi bolsillo. El procedimiento también.

Contener a Bruno habría sido fácil. Cuatro personas. Dos minutos. Una inyección. Un registro más archivado en una historia clínica. Pero había algo en la forma en que se aferraba a la sábana que me hizo recordar aquella tarde en el patio.

—Bruno —dije con suavidad—, ¿te acuerdas del árbol?

Tardó unos segundos en responder.

—Sí.

—Sigue ahí.

—¿Ahora?

—Ahora también.

Guardó silencio durante un momento.

—Los árboles viejos no se mueven —murmuró.

—Pero resisten las noches —le dije.

Entonces bajó un pie de la cama. El suelo estaba frío. Durante un instante nadie se movió.

—¿Sigue en pie? —preguntó.

—Sigue en pie.

Bajó el otro pie. Sus plantas tocaron el suelo y el cuerpo pareció relajarse ligeramente.

Pasaron unos segundos en silencio.

—Entonces puedo dormir —dijo.

Se metió bajo la sábana, se giró hacia la pared y cerró los ojos. La respiración empezó a hacerse lenta y regular. Me acerqué y le arropé como lo haría cualquier padre que consuela a su hijo tras una pesadilla nocturna.

Esperamos un poco más antes de salir, solo por asegurarnos de que no volvería a levantarse. Pero Bruno ya dormía.

Cuando cerramos la puerta, uno de mis compañeros soltó el aire despacio.

—Ha faltado poco —murmuró.

Asentí. Había faltado muy poco para que las llaves hicieran su ruido.

Volvimos al control y yo me senté durante unos segundos sin hacer nada. La unidad estaba en silencio otra vez. Metí la mano en el bolsillo y sentí el metal frío de las llaves. Pensé en todas las puertas que había abierto con ellas y en todas las veces que me habían servido para cerrar una habitación cuando alguien se desbordaba. Las saqué del bolsillo. Bajo la luz el metal brilló un instante. Luego las guardé de nuevo.

En la habitación 24, Bruno dormía. Respiraba despacio, como si el mundo hubiera dejado de perseguirle por unas horas.

Miré hacia el patio oscuro. Desde allí no podía ver el árbol. Pero sabía que seguía en su sitio. Quieto. Resistiendo la noche como lo hacen las cosas que han aprendido a permanecer inmutables con el discurrir de los tiempos. Y entonces comprendí algo que nunca aparece en los procedimientos...

Las llaves están hechas para cerrar puertas. Pero hasta en las oscuras noches, incluso en las más difíciles, nuestro trabajo consiste simplemente en esperar, acompañar y tener la humanidad suficiente para que alguien recuerde que todavía puede atravesar la oscuridad sin que tengamos que cerrarla detrás de él.